

Análisis del Comportamiento Parental y su Aplicación al Estudio del Maltrato Infantil

María Loreto Martínez G.

Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

Se expone un marco de referencia para el estudio y análisis de la conducta parental que pueda servir de base para el diseño de investigaciones o intervenciones con familias. Se revisan las principales conceptualizaciones de la conducta parental, se analizan las dimensiones del comportamiento parental que favorecen el desarrollo infantil y se discute la aplicación del modelo ecológico (Belsky, 1984) en el análisis del maltrato infantil, entendido éste como un ejemplo de conducta parental disfuncional. Se examinan las implicancias que el conocimiento del comportamiento parental competente tiene para la investigación y la intervención en problemas de maltrato infantil.

Palabras claves: Comportamiento parental, Estilos de socialización, Maltrato infantil.

Abstract

The article reviews existent conceptualizations about parenting behavior, as socialization style, affective organization and ecological process. Parenting dimensions that foster healthy development in children are discussed. The determinants of parenting as conceived by the ecological approach and its applications to the understanding and prevention of child maltreatment are examined. Finally, implications of available knowledge on competent and dysfunctional parenting for research and intervention in problems of child maltreatment are discussed.

Key words: Parental behavior, Parenting styles, Child maltreatment.

La investigación empírica acerca del rol y funcionamiento de los padres ha tenido un auge en las últimas dos décadas. En parte, el interés por estudiar el comportamiento parental ha aumentado estos últimos años debido a la amplia publicidad que se le ha dado al fenómeno del maltrato infantil (Belsky, 1988; National Center for Child Abuse & Neglect, 1993; National Research Council, 1993) y a las preocupaciones que han surgido ante la evidencia de la disminución del cuidado materno, del incremento de la disponibilidad de otros tipos de cuidados para los niños (e.g., salas cunas, jardines infantiles) y del conocimiento de los efectos que estos ambientes tienen sobre el desarrollo infantil (Abidin, 1992).

La relación padres-hijos es única en su rol socializador y de fomento de la adaptación, pues proporciona al niño una cantidad de oportunidades para aprender habilidades y competencias

interpersonales deseables. Dentro de este contexto, la tarea de ser padres es altamente compleja y a menudo debe ser desarrollada en situaciones de demanda y con recursos físicos o personales limitados (Abidin, 1992). La conducta parental implica nuevas responsabilidades, adaptación a nuevos roles, cambios en los patrones de actividad, cambios en la distribución de los recursos y nuevos patrones de interconexión y apoyo social. Todas estas demandas hacen que las tareas asociadas al rol parental pueden constituir una fuente importante de estrés o conflicto. La función parental puede ser más demandante aun en situaciones especiales como, por ejemplo, ante el nacimiento de un niño que, en virtud de algún atributo físico o mental, puede resultar extraordinariamente difícil de socializar (e.g., un niño con discapacidad física o intelectual o un niño que desarrolla posteriormente alguna enfermedad crónica).

Existen pocas dudas que la calidad del comportamiento parental temprano es crítica para el desarrollo de niños competentes y bien adaptados. Los patrones particulares de comportamiento parental influyen sobre diferentes áreas del crecimiento y del desarrollo de los niños y se dispone de evidencia empírica que apoya esta aseveración (Rutter, 1983). La asociación entre comportamiento parental disfuncional y psicopatología infantil ha sido documentada (Maccoby & Martin, 1983; Rutter, 1983) como también las consecuencias negativas sobre el desarrollo psicológico de niños que tienen las experiencias de abuso y negligencia (Ammerman, Cassisi, Hersen & Van Hasselt, 1986; Hotaling, Finkelhor, Kirkpatrick & Straus, 1988; Mrazek, Mrazek & Klinnert, 1995), entendidas éstas como ejemplos de disfuncionalidades en el comportamiento parental.

En el terreno práctico, el conocimiento acerca de las cualidades de la conducta parental es de importancia obvia para cualquier persona interesada en el cuidado y crianza de niños pequeños. Por ejemplo, se emiten juicios claves acerca de la naturaleza del cuidado de los niños y de la calidad del comportamiento parental en las decisiones de tuición y de colocación familiar. Por cierto, también se emiten juicios implícitos en las decisiones que se toman respecto de cuidados alternativos proporcionados por padres adoptivos, guarderías infantiles y hogares para niños. El estudio de las cualidades de la conducta parental también constituye un foco importante en la consejería y la psicoterapia con familias.

Las concepciones acerca de qué se entiende por conducta parental adecuada también subyacen al campo de la educación parental y ocupan un lugar importante en muchos enfoques sobre la prevención primaria de los trastornos psicológicos. Más aun, los asuntos relacionados con la conducta parental son centrales para la comprensión del desarrollo social del niño. En síntesis, nadie discute que la conducta de los padres tiene una influencia sobre los niños, pero la elucidación de cuáles son estas influencias y cómo operan es una tarea compleja y difícil.

El presente artículo revisa las principales conceptualizaciones existentes para la comprensión de la conducta parental y analiza la aplicación de la perspectiva ecológica a la comprensión de ésta. Por sus implicancias prácticas, el conocimiento sobre el comportamiento parental ofrece un enorme potencial para el diseño de intervenciones preventivas y remediales en problemas de maltrato infantil.

Definición de Conducta Parental

El estudio de la conducta parental se puede enfocar planteando dos preguntas centrales:

1. ¿Qué se entiende por conducta parental adecuada?
2. ¿Qué factores o influencias determinan si la conducta parental es o no de buena calidad?

Una definición amplia de la conducta parental incluye cualquier comportamiento que el padre o madre realice o deje de realizar y que pueda afectar al niño. El rango de comportamientos incluidos en la función parental es amplio y comprende, entre otros, contener, proteger, jugar, disciplinar, enseñar, cuidar las necesidades físicas y crear un ambiente emocional apropiado para el desarrollo de los niños. De lo anterior se deduce que, en todos sus aspectos específicos, el comportamiento parental es inherentemente *interpersonal*.

El aspecto interactivo del comportamiento parental ha sido desarrollado en forma detallada por Dix (1991). Este autor plantea que las cualidades de coordinación y de mutualidad en las interacciones entre padres e hijos son esenciales para mantener un comportamiento parental armónico. Al afirmar que el carácter recíproco y mutuo es intrínseco al comportamiento parental, se enfatiza que los mejores padres son aquellos que son capaces de hacer calzar sus metas con las necesidades y las habilidades de sus hijos.

La concepción acerca de cuáles características definen la conducta parental adecuada ha ido cambiando a través de los años. El foco de las discusiones se ha ido trasladando desde el tipo de disciplina o de técnica de entrenamiento utilizada por los padres para enseñar el control de esfínteres o las ventajas de la alimentación en horario fijo versus en libre demanda hacia consideraciones que enfatizan las *relaciones* y la *reciprocidad* (i.e., hacer cosas con los niños más que *para* ellos), los *patrones de comunicación* y de *solución de problemas* y, por supuesto, la *seguridad* y la *continuidad en las relaciones padres-hijos*.

Este cambio de perspectiva en la visión del comportamiento parental ha impulsado el desarrollo de nuevos métodos de medición para evaluar las habilidades parentales. Se han diseñado entrevistas para evaluar en detalle de qué manera los padres se relacionan con sus hijos en términos de juego, disciplina y respuestas al disconfort (Dowdney, Skuse, Rutter & Mrazek, 1985), más allá de si emplean una u otra técnica en particu-

lar. También se han diseñado esquemas observacionales que permiten evaluar los estilos de interacción padres-hijos y el flujo secuencial de tales intercambios, los que en su mayoría incluyen las dimensiones de responsividad del padre/madre, expresión de afecto, comunicación social y control (Dishion et al., 1987; Dowdney, Mrazek, Quinton & Rutter, 1984).

Conducta Parental como Estilo de Socialización

El concepto de *estilo de socialización parental* se desarrolló inicialmente como un término heurístico para describir el medio en el que se cumplía la función parental. Darling y Steinberg (1993) definen el estilo parental como una constelación de actitudes hacia el niño que le son comunicadas y que, en conjunto, crean un clima emocional en el cual los comportamientos parentales son expresados. Estos comportamientos incluyen tanto los específicos dirigidos a metas, a través de los cuales los padres cumplen sus funciones o sus prácticas parentales, como aquéllos no dirigidos a metas, tales como gestos, cambios en el tono de voz y la expresión espontánea de emociones.

Darling y Steinberg (1993) recomiendan que el estilo de socialización parental sea conceptualizado como una característica del padre/madre que altera la eficacia de los esfuerzos socializadores que realizan los padres porque modera la efectividad de las prácticas particulares y modifica la apertura que tiene el niño frente a la socialización.

Los intentos, inicialmente cualitativos y posteriormente cuantitativos, de evaluar el estilo parental se centraron en tres componentes particulares: a) la relación emocional entre el padre y el niño; b) las prácticas y comportamientos parentales y c) los sistemas de creencias de los padres. Debido a que los investigadores de diferentes perspectivas teóricas enfatizaron distintos procesos a través de los cuales los padres influían en sus hijos, sus escritos enfatizaron diferentes componentes de estilo parental.

Uno de los esfuerzos más notables por relacionar las prácticas de socialización parental con el desarrollo de los niños fue iniciado por Baumrind (1968, 1980). A través de la observación sistemática de la interacción entre padres de clase media y sus hijos preescolares, esta investigadora observó que los padres que eran menos afectuosos, que se involucraban menos con los niños y que eran

más controladores y punitivos tenían hijos más descontentos, más aislados y más desconfiados. Los padres que eran desorganizados, poco demandantes e inseguros respecto de sus habilidades para influir en sus hijos tenían niños inmaduros, que carecían de autocontrol y confianza en sí mismos. Estas observaciones se convirtieron en el fundamento para la posterior formulación de la teoría sobre la conducta parental de Baumrind (i.e., de "autoridad", autoritaria y permisiva). El estilo de autoridad se ha asociado consistentemente a una amplia gama de comportamientos positivos tanto en niños/as como en adolescentes (Steinberg, Lamborn & Dornbusch, 1992).

De acuerdo a la tipología de Baumrind (1968, 1978), puede considerarse que el comportamiento parental varía a lo largo de dos dimensiones ortogonales: *demanda* y *responsividad*. Cuando estas dimensiones se cruzan, dan como resultado cuatro estilos parentales: padres con autoridad, que son demandantes y responsivos a la vez; padres autoritarios, que son demandantes pero no responsivos; padres permisivos, que son responsivos pero no demandantes; y padres rechazadores/negligentes, que son desvinculados y que no plantean demandas ni responden a los niños.

Durante los últimos 25 años la investigación basada en la conceptualización del comportamiento parental formulada por Baumrind ha generado un patrón notablemente consistente del tipo de conducta parental que conduce a la socialización exitosa de los niños que pertenecen a la cultura norteamericana dominante. La constelación de atributos parentales conocida como *de autoridad* (que incluye apoyo emocional, altos niveles de fomento de autonomía apropiada a la edad, comunicación clara y bidireccional) es beneficiosa para que niños y jóvenes desarrollen una competencia instrumental, caracterizada por un equilibrio entre las necesidades y responsabilidades sociales e individuales. Entre los indicadores de competencia instrumental que se desarrollan en el niño se encuentran la independencia responsable, la cooperación con pares y adultos, la madurez psicosocial y el éxito académico (Baumrind, 1978, 1980).

En base al trabajo de Baumrind sobre autoridad y a los efectos beneficiosos de este estilo de comportamiento parental sobre la socialización de los niños, se ha construido una tradición de cinco décadas de investigación. Sin embargo, a pesar de impresionantes consistencias en los hallazgos sobre socialización infantil, aún permanecen importantes preguntas sin responder, particu-

laramente aquellas relativas a los procesos a través de los cuales este estilo parental produce los efectos beneficiosos en los niños y aquellas sobre la importancia central de los contextos socioculturales en los que estos procesos operan para producir los efectos esperados de los estilos parentales. La mayor parte de los estudios se ha desarrollado en familias norteamericanas de clase media.

Aun cuando en teoría se ha escrito bastante acerca de los procesos a través de los cuales los estilos parentales pueden influir en el desarrollo del niño, en la actualidad se dispone de poca evidencia empírica que permita evaluar hipótesis alternativas acerca de las condiciones en las cuales el mismo estilo parental puede afectar de diferente manera el desarrollo de los niños (e.g., ¿cuán apropiado es cada estilo parental dependiendo de la etapa evolutiva de los niños?, ¿qué diferencias raciales o de género se observan en el impacto de los diferentes estilos parentales?).

Para comprender los procesos a través de los cuales el estilo parental produce su influencia sobre el desarrollo de los niños es necesario separar tres aspectos diferentes del comportamiento parental: las metas hacia las cuales se dirige la socialización, las prácticas que los padres utilizan para ayudar a sus hijos a alcanzar estas metas y el estilo parental o clima emocional dentro del cual se da la socialización. Respecto de este último, el estilo de autoridad parece generar un patrón de interacción que favorece la reciprocidad y el contacto con las emociones, dimensiones esenciales de la conducta parental que se describen a continuación.

Procesos Afectivos Involucrados en la Conducta Parental

Es sabido que las emociones son adaptativas y que cumplen un rol central en la regulación del comportamiento humano. Dix (1991) ha presentado un modelo de la conducta parental que sitúa a la *emoción* en el centro del comportamiento parental competente. En su concepción, las emociones son vitales para la conducta parental efectiva. Ser padres es una *experiencia emocional*. Criar niños implica más alegría, afecto, rabia y preocupación que muchas otras tareas. Pocos investigadores dudan que estas emociones sean de importancia para el comportamiento parental. Las emociones negativas promueven una conducta parental insensible, abusiva y coercitiva. Las emociones positivas, en cambio, promueven un cuidado paciente y sensible, vínculos tempranos

positivos entre padres y niños y un deseo de los padres de enseñar, confortar y alentar a sus hijos.

Dix discute cuatro líneas de evidencia para fundamentar el rol de los afectos en el comportamiento parental:

1. *Las emociones intensas son un acompañante cotidiano de la conducta parental.* Las interacciones conflictivas entre padres e hijos ocurren entre 3,5 a 15 veces por hora en familias con niños pequeños y con mayor frecuencia aun en familias con un niño enfermo, incapacitado o agresivo. Incluso los padres "normales" refieren altos niveles de rabia con sus hijos, sienten la necesidad de utilizar técnicas para controlar su rabia y refieren miedo a perder el control en algún momento y dañar a sus hijos. La emoción intensa también se hace evidente en reportes que muestran un alto grado de depresión en madres de niños pequeños (Dowdney et al., 1985). Afortunadamente, las emociones positivas de los padres son aún más frecuentes que las negativas. Los padres reportan 2,5 veces más interacciones positivas que negativas con sus hijos. En síntesis, los padres experimentan y expresan un número considerable de emociones durante la crianza de los niños.
2. *Las emociones de los padres reflejan la calidad del ambiente de crianza.* Cuando se estudian como variables de diferencias individuales estables, el nivel de calidez que expresan los padres predice en forma consistente consecuencias positivas y favorables para el desarrollo de los niños; en cambio, la hostilidad parental consistentemente predice consecuencias evolutivas desfavorables para los niños (Maccoby & Martin, 1983). Lo anterior se da tanto en el período de la infancia como en la niñez y se ha observado tanto en familias "normales" como en familias disfuncionales. Aun las emociones negativas transitorias de los adultos causan malestar y agresión en infantes y niños pequeños. Por lo tanto, el ambiente de crianza es más favorable para los niños mientras más positivas son las emociones que experimentan y expresan los padres.
3. *Las ocupaciones, las relaciones maritales, otros estresores y los sistemas de apoyo social influyen la calidad de la conducta parental, debido a que influyen sobre las emociones que los padres experimentan con los niños.* Los padres que experimentan elevados niveles de

estrés o bajos niveles de apoyo social muestran déficits significativos en la conducta parental, notablemente en la utilización de formas de disciplina severas y erráticas. Los investigadores suponen que estos déficits se deben, en parte, al impacto que tienen el estrés y el apoyo social sobre las emociones de los padres. Se han encontrado correlaciones significativas entre estrés y emociones negativas (Mueller, Edwards & Yarvis, 1977; Vinokur & Selzer, 1975). Es posible suponer también que el impacto de los eventos de vida depende más de las reacciones o de los aspectos afectivos con los que la persona responde a esos eventos, que de la ocurrencia de eventos per se (Vinokur & Caplan, 1986).

4. *Las emociones negativas crónicas e intensas son signo de disfunción familiar.* En las familias que experimentan serias dificultades en la interacción predominan las emociones negativas (e.g., en la conducta parental de padres abusivos, en las interacciones de madres depresivas, en padres de niños agresivos). La mayoría de los investigadores supone que estas emociones reflejan simultáneamente patrones de interacción disfuncionales, al mismo tiempo que contribuyen a los déficits característicos de estas familias.

Por las razones expuestas anteriormente, las emociones de los padres reflejan el nivel de salud o de bienestar de las relaciones padres-hijos. Las emociones actúan como barómetros de la calidad del comportamiento parental, de las consecuencias evolutivas que tienen sobre los niños y del impacto que los eventos de estrés y los sistemas de apoyo social tienen sobre la familia.

Sin embargo, el rol que juegan las emociones en la conducta parental aún no está bien comprendido. Se sabe poco acerca de las emociones que experimentan cotidianamente los padres, cuándo y por qué ocurren y de las consecuencias que las emociones tienen en la conducta parental una vez que aquéllas se han gatillado. Debido a que las emociones han sido consideradas frecuentemente como rasgos estables de la personalidad de los padres, se ha realizado escasa investigación para examinar qué las causa, por qué cambian o cómo influyen sobre el comportamiento de los padres. Por tanto, es importante generar investigación que permita entender el rol de las emociones en el comportamiento parental, de manera de poder identificar qué tipo de emociones experimentan los padres y, una vez que éstas es-

tán activadas, cómo afectan la conducta parental. Es necesario que esta investigación no se focalice únicamente en familias "problemáticas", puesto que esto podría generar visiones distorsionadas acerca del rol de las emociones, enfatizando sus efectos descompensadores o desorganizadores.

Determinantes de la Conducta Parental

La importancia de identificar las características que tiene el comportamiento parental de buena calidad ha sido discutida en numerosas publicaciones científicas y no científicas. A pesar de lo anterior y de la importancia práctica que tiene para muchos profesionales identificar las características del comportamiento parental competente (e.g., pediatras que deben confiar en los padres para seguir las instrucciones acerca del cuidado de los hijos y para administrar las prescripciones de fármacos; psiquiatras y psicólogos infantiles en la evaluación de salud familiar), el comportamiento parental ha sido extraordinariamente difícil de medir y aún no se cuenta con un enfoque aceptado en forma consensual para evaluarlo. Las diferencias observadas entre distintas culturas y al interior de una misma cultura en las concepciones acerca de los niños, el rol de los padres y los estándares de cuidado adecuado hacen difícil esta tarea.

La conducta parental, como la mayoría de las dimensiones del funcionamiento humano, puede ser influida por las características más estables del individuo, características que, al menos en parte, son producto de la historia evolutiva y del proceso de socialización de la persona. Para tener una idea de cómo la historia evolutiva y la personalidad influyen sobre la conducta parental, es útil considerar brevemente el tipo de conducta parental que pareciera promover un funcionamiento óptimo en el niño.

Como se mencionara anteriormente, los estudios observacionales han revelado que, durante los primeros años de vida, la competencia cognitivo-motivacional del niño y el desarrollo socioemocional saludable son promovidos por un cuidado atento, cálido, estimulador, responsivo y no-restrictivo de parte de los padres. El trabajo de Baumrind (1968; 1978) demuestra que, durante los años preescolares, altos niveles de afecto y de control promueven en el niño la habilidad para relacionarse con sus pares y con adultos de manera amistosa y cooperadora, como también la habilidad para convertirse en una persona con recur-

son instrumentales y buscadora de logro. A medida que los niños crecen, el uso que hacen los padres de la inducción y del razonamiento, la disciplina consistente y la expresión de calidez también se relacionan directamente con la autoestima, el autocontrol, la orientación prosocial y el rendimiento intelectual de los niños durante los años escolares.

El uso de cuestionarios y de pautas de observación ha permitido identificar múltiples dimensiones del comportamiento parental. A través de los años se ha observado una notable consistencia en las dimensiones propuestas por los investigadores interesados en la conducta parental como proceso y como estilo de socialización, aun cuando éstos adscriben a diferentes perspectivas teóricas y se han interesado en diferentes áreas del desarrollo infantil y distintos procesos de socialización (Darling & Steinberg, 1993). De acuerdo a Mrazek et al. (1995), las dimensiones propuestas hasta la fecha pueden agruparse en cinco:

1. Disponibilidad emocional: grado de calidez emocional en las interacciones de los padres con sus hijos.
2. Grado de control parental: grado de permisividad y flexibilidad.
3. Presencia de alteraciones psicopatológicas en los padres: presencia, tipo y severidad de trastornos emocionales observados.
4. Capacidad de los padres para comprender el conocimiento básico requerido para proporcionar un cuidado adecuado a los niños: grado de comprensión del desarrollo emocional y físico, como también de los principios del cuidado infantil.
5. Grado de compromiso en tiempo y energía que los padres están dispuestos a asumir con el fin de optimizar el desarrollo de sus hijos: priorización apropiada del desarrollo del niño.

Identificar cuáles conductas definen el comportamiento parental apropiado en ausencia de instrumentos claros y de fácil administración aún constituye un desafío para los profesionales de la salud mental, la pediatría y la educación. Por la relevancia práctica que tiene este tipo de instrumentos, es necesario incentivar la prioridad de su investigación.

Predictores del Comportamiento Parental

¿Qué factores determinan que los padres se comporten de la manera que lo hacen? Al intentar

responder esta pregunta se ha creado conciencia creciente de los efectos que tienen las características del niño mismo sobre el comportamiento de los padres: los niños influyen sobre los padres tal como los padres influyen sobre ellos (Belsky, Lerner & Spanier, 1984). También se ha observado que la mera experiencia de criar a un hijo influye en la manera como se tratará al siguiente.

En relación a las creencias predominantes acerca de cómo debe ser la socialización, también ha aumentado la conciencia que los padres tienen que *desarrollar relaciones* con sus hijos y ha surgido un interés cada vez mayor por los efectos de los eventos que ocurren en el período del postparto inmediato. En relación a estos últimos, se ha demostrado que las experiencias de contacto afectivo cercano con los padres durante las primeras horas de vida del niño tienen efecto sobre el desarrollo de vínculos afectivos estables (Klaus & Kennell, 1978). También se ha hecho patente que la conducta parental puede estar influida tanto por el contexto social inmediato (e.g., depresión en uno de los padres) como por el ambiente social más amplio (e.g., horarios y condiciones de trabajo de los padres, la calidad de vida y el nivel de seguridad que existe en el vecindario).

Belsky (1984) plantea que el comportamiento de los padres está determinado por múltiples factores, los cuales agrupa en tres dominios:

1. Recursos psicológicos personales de los padres (i.e., recursos desarrollados a partir de sus experiencias infantiles en el pasado).
2. Características del niño (e.g., temperamento, habilidades sociales).
3. Fuentes contextuales de estrés y de apoyo social.

Basándose en la concepción ecológica del desarrollo humano formulada por Bronfenbrenner (1979), Belsky (1984) postula un modelo de *proceso* para comprender el funcionamiento parental competente. De acuerdo a éste, la conducta de los padres está directamente influida por fuerzas que emanan desde dentro del individuo padre/madre (e.g., características de personalidad), desde dentro del individuo niño (e.g., características temperamentales del niño) y del contexto social más amplio en el cual la relación padre-hijo está inserta, específicamente la relación marital, los sistemas de apoyo social y las experiencias ocupacionales de los padres.

El modelo es transaccional pues supone que las historias de desarrollo de los padres, las relaciones maritales, las redes sociales y los trabajos

que éstos desempeñan influyen en la personalidad individual y el bienestar psicológico general de los padres y, por ende, también lo hacen sobre el funcionamiento parental, el cual, a su vez, influye en el desarrollo del niño. En otras palabras, estos tres tipos de determinantes se influyen recíprocamente.

Belsky & Vondra (1989) plantean que las características de los padres, del niño y del contexto social no ejercen el mismo grado de influencia en fomentar o aminorar el desarrollo de la conducta parental apropiada. En orden de importancia, los recursos personales de los padres son más efectivos en amortiguar los efectos del estrés de la relación padres-hijos que las fuentes contextuales de apoyo, las que, a su vez, son más efectivas que las características del niño. Las fuentes de estrés y apoyo social pueden afectar la conducta parental, directa o indirectamente, afectando el bienestar psicológico individual de los padres. La red de apoyo social proporciona información de retroalimentación valiosa acerca de las relaciones padres-hijos y también un conocimiento general acerca de las normas, las expectativas y las técnicas que son apropiadas para la crianza de los niños (Garbarino & Benn, 1992). A su vez, la personalidad de los padres influye sobre el nivel de apoyo social y de estrés del contexto de vida, los cuales actúan como retroalimentación para moldear la conducta parental.

De acuerdo al modelo ecológico, el estudio del comportamiento parental en su contexto implica que las condiciones de privación social y económica que amenazan a la familia constituyen las fuerzas que pueden transformar en figuras maltratadoras a los padres "en riesgo" (Garbarino & Stocking, 1980). Los investigadores Garbarino y Crouter (1978) y Garbarino y Sherman (1980) han demostrado que la conducta parental disfuncional y las consecuencias negativas para el niño se asocian con un gran número de variables sociológicas y ambientales, tales como cesantía, calidad del vecindario, políticas públicas y jornadas de trabajo.

Comportamiento Parental Disfuncional

De acuerdo a Dix (1991), las emociones negativas promueven el comportamiento parental disfuncional. El comportamiento parental disfuncional puede referirse a cualquier aspecto del comportamiento del padre o de la madre que pueda afectar adversamente al niño. Aun cuando no todos los problemas en el comportamiento

parental conducen a problemas de comportamiento en los niños (Baumrind, 1978), existe evidencia para suponer que el comportamiento parental es un factor contribuyente importante (Patterson, De Baryshe & Ramsay, 1989).

El reconocimiento que los padres constituyen las fuerzas dominantes para el cambio en el ambiente del niño ha situado al entrenamiento de padres como el "tratamiento de elección" para los trastornos del comportamiento infantil. Esto también se debe a que en nuestra sociedad los padres tienen responsabilidad sobre los niños y son capaces de promover cambio en el comportamiento de éstos. Más aun, los padres probablemente también contribuyen en forma importante a los problemas de los niños.

De acuerdo a la perspectiva ecológica, los padres "normales" o aquellos considerados "en riesgo" pueden ser socializados en prácticas de crianza infantil abusivas a través de la interacción de influencias culturales, comunitarias y familiares (Belsky, 1984; Starr, 1979). La sanción social de la violencia como una táctica apropiada de resolución de conflicto provee un marco de referencia para el uso del castigo físico en la crianza de los niños. Aquellos padres que de niños fueron expuestos en forma consistente a castigo físico severo pueden considerar que tales comportamientos son normativos y puede disminuir su inhibición frente al uso de la fuerza física (Bandura, 1986).

Basándose en la teoría de control e intercambio social, Gelles y Straus (1979) afirman que la interacción humana está guiada por la consecución de recompensas y la evitación de castigos y costos. Específicamente, si ocurre un intercambio recíproco de recompensas entre padres e hijos, se establecerá una interacción mutuamente satisfactoria. Si una de las personas de la díada no es gratificante para la otra, no existirá reciprocidad. Posibles consecuencias en la otra persona son rabia, resentimiento, conflicto y violencia. En un ambiente de alto estrés y conviviendo con un niño de comportamiento difícil (e.g., hiperactivo, impulsivo o desafiante), un padre o una madre puede sentir que sus esfuerzos (e.g., inversión de tiempo y de energía) no son retribuidos por el niño y puede sentirse resentido/a; de esta manera, pueden disminuir las inhibiciones frente al uso de castigo físico.

En la estructura social en la que están insertos los padres que incurren en maltrato existiría un mayor número de estresores (e.g., ruido, contaminación, hacinamiento y desempleo) que en la de padres no abusivos, y estos niveles más altos de

estrés aumentarían la probabilidad de violencia al interior de la familia como un medio de ganar control sobre eventos irritantes y frustrantes. Los proponentes de este modelo, tales como Pelton (1978), plantean que las condiciones de pobreza y la falta de recursos físicos son el principal factor que contribuye al maltrato infantil. Si bien el maltrato infantil es reportado con mayor frecuencia en niveles socioeconómicos bajos (National Research Council, 1993; Pelton, 1978), es claro también que no todos los padres que viven en condiciones desaventajadas maltratan a sus hijos. Por lo tanto, persiste la pregunta crítica acerca de cuáles son las variables psicológicas que median entre las presiones ambientales y los episodios de maltrato.

En el terreno aplicado, el aumento en la incidencia de casos de maltrato infantil en sus diferentes formas ha planteado la necesidad de contar con conocimientos e instrumentos que permitan identificar y tratar a las familias en riesgo de presentar disfuncionalidades en el comportamiento parental. La prevención de consecuencias del comportamiento parental sobre el desarrollo del niño es central para la evaluación de la efectividad de los servicios prestados a estas familias. En Chile existe una notable falta de investigación acerca del comportamiento parental disfuncional y de las consecuencias psicológicas en los niños afectados. La prevención temprana de estos casos, referidos a dificultades en el apego y vínculos tempranos, insuficiencias no-orgánicas del crecimiento, negligencia, abuso sexual y retrasos del desarrollo, entre otros, es de importancia fundamental para medir la efectividad de los servicios de ayuda que se ofrecen a estas familias. Un ejemplo de este tipo de instrumento es el Inventario de Potencial de Abuso Infantil (CAP) desarrollado en Estados Unidos por Milner (1986) y traducido y en vías de adaptación en Chile por Haz y Ramírez (manuscrito en corrección), y en España por De Paúl, Arruabarrena y Milner (1991). Este instrumento de sondeo evalúa características de personalidad y de la interacción de la persona con su entorno social y familiar, con el fin de detectar riesgo de cometer maltrato físico infantil. Otro instrumento diagnóstico ampliamente utilizado en familias con niños preescolares y traducido a varios idiomas es el Índice de Tensión de los Padres (*Parenting Stress Index*, Abidin 1986), que evalúa el grado de conflicto en relación a la crianza existente en la díada padre/madre-hijo/a. Este instrumento ha sido traducido y validado en población latina residente en Estados Unidos (Solis & Abidin, 1991), demostrando

buenas propiedades psicométricas y, por lo tanto, potencial para ser utilizado en estudios transculturales de la conducta parental.

Comportamiento Parental y Maltrato Infantil

Una de las contribuciones importantes que ha generado el estudio del maltrato y de la negligencia infantil al estudio de las relaciones padres-hijos en general es una mejor comprensión de las condiciones que influyen sobre la manera en la que todos los padres –y no sólo aquellos que maltratan– cuidan a sus hijos (Belsky, 1988). Al relacionar el estudio del comportamiento normal con la ocurrencia de maltrato infantil se ha logrado integrar los conocimientos del desarrollo psicológico normal y de la psicopatología evolutiva tanto a la comprensión de la conducta parental como al maltrato infantil (Cicchetti & Toth, 1995).

Desde el punto de vista psicológico, el maltrato infantil es especialmente perturbador pues altera la calidad de la relación padres-hijos, perdiéndose la importante contribución que ésta hace al desarrollo del niño (La Rose & Wolfe, 1987). A modo de ejemplo, se pueden citar las consecuencias que tienen las experiencias de maltrato sobre el desarrollo del apego –una tarea evolutiva central de los dos primeros años de vida– en niños maltratados. Diversos estudios han mostrado que los niños maltratados forman vínculos inseguros o atípicos con las personas que los cuidan, en comparación a los vínculos de niños no maltratados (Carlson, Cicchetti, Barnett & Braunwald, 1989; Crittenden, 1988). Como se sabe, los niños se forman modelos representacionales de las figuras de apego, de ellos mismos y de ellos en relación a otros, basados en su historia de relación con sus cuidadores primarios (Bowlby, 1982). Por lo anterior, las dificultades en el apego y la formación temprana de vínculos ponen a los niños maltratados en riesgo de no lograr una adaptación apropiada en el plano de las relaciones interpersonales a lo largo de su vida.

Desde muy temprano en su desarrollo los niños maltratados muestran patrones aberrantes de regulación emocional y sus experiencias tempranas de maltrato se asocian con una incidencia más alta de disfunción emocional (Gaensbauer, Mrazek & Harmon, 1980; Lewis, 1992). La regulación del *arousal* afectivo es considerada una tarea evolutiva de primaria importancia por las implicaciones que tiene para el desarrollo futuro de relaciones efectivas con los pares (Howes & Espinosa, 1985). Se ha observado que los infan-

tes maltratados presentan distorsiones en los patrones iniciales de diferenciación de afectos: con frecuencia muestran montos excesivos de afectos negativos o patrones aplanados de afecto, no expresando emociones positivas ni negativas (Gaensbauer et al., 1980; Lewis, 1992). Además de las dificultades en la regulación de las emociones, estos niños presentan dificultades en el procesamiento de estímulos afectivos, es decir, son menos hábiles para decodificar las expresiones faciales de las emociones. Debido a que los procesos tempranos de regulación del afecto emergen dentro del contexto de la relación del niño con sus figuras cuidadoras, las alteraciones en la regulación de los afectos es más probable en niños que han sido maltratados por sus padres.

La regulación de las emociones, otra tarea importante del desarrollo emocional de los niños preescolares y escolares, también se relaciona con el comportamiento de los padres. Debido a que las experiencias tempranas con las figuras cuidadoras sientan las bases para la generación y expresión de estados afectivos, tanto la iniciación como la modulación de afectos positivos y negativos pueden ser problemáticas en niños que han tenido experiencias de maltrato. Por ejemplo, en una estudio longitudinal Erickson, Egeland y Pianta (1989) encontraron que los preescolares que habían sido maltratados estaban más enojados, más frustrados y eran más desobedientes que los preescolares del grupo control. Las dificultades en la autorregulación de las emociones que presentan los niños maltratados los pone en riesgo de presentar disfuncionalidades en su comportamiento social (Kaufman & Cicchetti, 1989).

Las dificultades descritas anteriormente pueden ofrecer un desafío importante para los padres o figuras cuidadoras en la tarea de vincularse afectivamente con los niños, ya sea en el contexto natural o en contextos de tratamiento remedial. En muchos casos estas dificultades requieren la implementación de un programa especializado de intervención para estimular las capacidades afectivas al interior de la familia (Cicchetti & Toth, 1995).

El modelo ecológico de Belsky puede ser utilizado como marco de referencia para definir y comprender el contexto social más amplio en el que ocurre el maltrato infantil. Este modelo supone que el maltrato infantil está multideterminado por una variedad de factores que operan a través de procesos transaccionales a distintos niveles de análisis —desde las historias personales de los padres, factores de la situación, hasta características históricas y culturales— que ocurren en las rela-

ciones padres-hijos. Específicamente, Belsky (1984) propone cuatro niveles de análisis para comprender y, por tanto, intervenir para modificar el comportamiento parental disfuncional o promover la conducta parental competente: a) desarrollo ontogenético, que incluye aquellas características individuales tanto del niño como de los padres asociadas con la perpetración de maltrato; b) el microsistema, que incluye factores de la familia que contribuyen a la ocurrencia de maltrato; c) el exosistema, que incluye aspectos de las comunidades en las cuales viven las familias y los niños que contribuyen a la ocurrencia de maltrato infantil y d) el macrosistema, que incluye los valores y creencias de la cultura que contribuyen a la perpetuación del maltrato.

Desde esta perspectiva, se ha observado (Belsky & Vondra, 1989; Cicchetti & Carlson, 1989) que la ocurrencia de episodios de maltrato depende del balance entre estresores y soportes o entre factores potenciadores (i.e., de riesgo) y factores compensatorios (i.e., protectores). Lo anterior implica que cuando en una familia los estresores de diferente tipo sobrepasan a los soportes sociales disponibles, o cuando los factores potenciadores no logran ser moderados por los compensatorios, la probabilidad de maltrato aumenta. De la formulación ecológica también se desprende que no existe una causa única en los episodios de maltrato ni tampoco causas necesarias o suficientes, sino muchas vías diferentes de causación.

Si el foco es la conducta parental, se debe tener presente que aun cuando se logre comprender cómo ésta se desarrolla y se modifica, se estará cubriendo sólo un componente del maltrato infantil, el que a su vez está determinado por factores tanto del individuo como del sistema social en el que está inserto. Aunque la conclusión anterior puede ser desalentadora desde el punto de vista de la prevención del maltrato, es al mismo tiempo promisorio, pues abre una variedad de posibilidades de intervención, las que van desde la modificación del comportamiento directo de los padres hacia el niño hasta la alteración de condiciones sociales que dificultan que los padres sean sensibles emocionalmente y que puedan estar disponibles psicológicamente para sus hijos. Puesto que no existe una causa única del maltrato infantil y debido a que los episodios de maltrato ocurren como resultado de procesos transaccionales que implican características de los padres, de los niños y de los múltiples contextos en los cuales éstos se desenvuelven, la búsqueda de efectos principales puede resultar estéril (Belsky, 1993), pues los efectos significativos parecen ser aqué-

llos de interacciones entre variables. El paso siguiente y claramente menos abordado en la investigación disponible hasta la fecha es la identificación de los mecanismos a través de los cuales los componentes del comportamiento parental influyen sobre el desarrollo del niño. Con este fin, deben formularse modelos de procesos mediadores que ocurren al interior de la familia, aun cuando éstos puedan variar en función de influencias externas al ambiente familiar inmediato, tales como las condiciones de vida, la cultura y la clase social.

Debido a que de una u otra manera el maltrato infantil por definición implica disfuncionalidad en el comportamiento parental, el conocimiento acerca de las diferentes formas en las que los padres que incurren en maltrato y aquellos que no lo hacen interactúan y cuidan a sus hijos es de importancia obvia para el diseño de intervenciones remediales o preventivas. Desde una perspectiva más conceptual, esta afirmación también tiene implicancias para la contrastación del modelo ecológico del maltrato infantil, pues apunta a los componentes etiológicos de éste y plantea la pregunta acerca de si el comportamiento parental disfuncional refleja causas próximas de los episodios de maltrato o son el verdadero fenómeno que debe ser explicado.

Comentarios Finales

La revisión presentada sugiere que la conducta parental que sintoniza en forma sensible con las capacidades de los niños y con las tareas evolutivas que éstos enfrentan a través de la niñez promueve una variedad de consecuencias evolutivas altamente valoradas, que incluyen la seguridad emocional, la independencia conductual, la competencia social y el rendimiento intelectual (Belsky et al., 1984).

El comportamiento parental competente se caracteriza por ser flexible, de tal manera que los padres puedan responder a las necesidades del niño y de la situación. En parte, los esfuerzos de los padres por satisfacer las necesidades de sus hijos se dan naturalmente como resultado de su propia experiencia de ser adultos y que se sienten felices y competentes en el plano social. Otros incentivos para el comportamiento de los padres provienen de formar parte de una relación padre-hijo que se inserta dentro de una red de recursos sociales que proporciona retroalimentación y afecto (Belsky et al., 1984).

Las conceptualizaciones acerca de la conducta parental discutidas en el artículo identifican tres dominios del comportamiento parental que deter-

minan los procesos a través de los cuales éste puede influir sobre el desarrollo del niño: las metas y valores que los padres se proponen lograr en la socialización de sus hijos, las prácticas parentales que utilizan en la crianza y las actitudes que expresan hacia sus hijos. Descrito de esta manera, se puede entender el comportamiento parental no solamente como la emisión de ciertas conductas puntuales hacia el niño sino como la captación de un contexto o de un ambiente de interacción en el cual se comunican simultáneamente actitudes, sentimientos y creencias. Al analizar los diferentes componentes del comportamiento parental, es importante tener presente no perder el carácter global o de *gestalt* del "ambiente" parental en el cual se manifiesta el comportamiento de los padres hacia sus hijos.

La evidencia disponible sobre los estilos de socialización parental indica que el grado de demanda y la responsividad a las claves del niño son dos dimensiones centrales para la descripción del comportamiento parental, las que han generado una tipología para dar cuenta de las consecuencias del comportamiento parental sobre el desarrollo del niño. Aplicadas a las necesidades de cada etapa evolutiva, estas dimensiones tienen un importante potencial de aplicación a la prevención del maltrato infantil.

Tomando los elementos enunciados por el modelo ecológico, es posible concluir que la ocurrencia y la continuación de episodios de maltrato se entienden como un proceso interaccional multideterminado que implica al padre, al niño y a determinadas circunstancias del ambiente. En consecuencia, el maltrato infantil puede ser visto como una perturbación seria en la crianza de los niños y no necesariamente como un trastorno psicológico individual. Esta perspectiva sugiere que las enseñanzas aprendidas en el estudio del maltrato infantil pueden informar la comprensión de las relaciones padres-hijos "normales"; en otras palabras, lo que Belsky (1984) ha denominado los determinantes del comportamiento parental.

Históricamente las concepciones existentes acerca de la conducta parental han retratado a los padres que incurren en maltrato como esencialmente diferentes de aquellos que no maltratan a sus hijos y que se presumen "normales". Para evitar la falsa dicotomía entre padres maltratadores y no maltratadores parece más apropiada una concepción alternativa que define la conducta parental como un *continuo* de comportamientos en relación a la situación. Desde este punto de vista, el maltrato puede ser entendido como el grado en el cual un padre o madre utiliza estrate-

gias de control negativas o inapropiadas con su hijo/a. La postulación de un continuo de dimensiones o de estilos de socialización parental no solamente sirve para identificar los comportamientos potencialmente causadores de daño en los que un padre o madre puede incurrir sino, también, permite identificar aquellos métodos de crianza infantil que pueden ser inapropiados a las necesidades del niño. Esta concepción del maltrato infantil no pretende minimizar la seriedad de las consecuencias psicológicas del maltrato sino más bien llamar la atención sobre aquellos aspectos del maltrato infantil que se asemejan a comportamientos parentales típicos, pero que difieren en el grado o intensidad de éstos. Al identificar aquellos aspectos de la conducta parental normal que tienen mayor probabilidad de transformarse en situaciones de alto conflicto (e.g., rigidez parental, altas exigencias, falta de sensibilidad), se puede lograr una mejor comprensión de los procesos que intervienen en los episodios de maltrato infantil.

Aunque la modificación del comportamiento parental se ha convertido en el foco de intervención en los tratamientos de niños y jóvenes, la influencia que tiene el comportamiento de los padres sobre diversas áreas del desarrollo de los niños sugiere que las disfuncionalidades en el comportamiento parental debieran ser tratadas directamente y no solamente como un medio para modificar el comportamiento "problema" de los niños.

La identificación temprana de familias que se encuentran en riesgo de presentar disfunciones en el comportamiento parental (e.g., maltrato, negligencia, insuficiencia no-orgánica del crecimiento, alteraciones del apego) y el seguimiento de éstas a través de diferentes modalidades de intervención permitirá generar conocimiento fundado acerca de las causas de los episodios de maltrato. En el terreno más aplicado, este conocimiento servirá también para la planificación de servicios preventivos y terapéuticos. El diseño de intervenciones para alterar las normas existentes acerca de estilos severos de disciplina puede ser beneficioso para modificar las prácticas que estas familias piensan como apropiadas. Tal como lo ha sugerido Bronfenbrenner (1986), los efectos beneficiosos duraderos de las intervenciones con familias de niños preescolares pueden deberse a que éstas modifican factores motivacionales del comportamiento, tales como las expectativas de los padres.

Referencias

- Abidin, R. (1986). *Parenting Stress Index—Manual* (2ª Ed.). Charlottesville, VA: Pediatric Psychology Press.
- Abidin, R. (1992). The determinants of parenting behavior. *Journal of Clinical Child Psychology*, 21 (4), 407-412.
- Ammerman, R., Cassisi J., Hersen, M. & Van Hasselt, V. (1986). Consequences of physical abuse and neglect in children. *Clinical Psychology Review*, 6, 291-310.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. New Jersey: Prentice-Hall.
- Baumrind, D. (1968). Authoritarian versus authoritative parental control. *Adolescence*, 3, 255-272.
- Baumrind, D. (1978). Parental disciplinary patterns and social competence in children. *Youth and Society*, 9, 239-276.
- Baumrind, D. (1980). New directions in socialization research. *American Psychologist*, 35, 639-652.
- Belsky, J. (1984). Determinants of parenting: A process model. *Child Development*, 55, 83-96.
- Belsky, J. (1988). Child maltreatment and the emergent family system. En K. Browne, C. Davies & P. Stratton (Eds.), *Early prediction and prevention of child abuse* (pp. 267-287). Londres: John Wiley & Sons.
- Belsky, J. (1993). Etiology of child maltreatment: A developmental-ecological analysis. *Psychological Bulletin*, 114 (3), 413-434.
- Belsky, J., Lerner, R. & Spanier, G. (1984). *The child in the family*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Belsky, J. & Vondra, J. (1989). Lessons from child abuse: The determinants of parenting. En D. Cicchetti & V. Carlson (Eds.), *Current research and theoretical advances in child maltreatment* (pp. 153-202). Cambridge: Cambridge University Press.
- Bowlby, J. (1982). *Attachment and loss*. New York: Basic Books.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bronfenbrenner, U. (1986). Ecology of the family as a context for human development: Research perspectives. *Developmental Psychology*, 22, 723-742.
- Carlson, V., Cicchetti, D., Barnett, D. & Braunwald, K. (1989). Disorganized/disoriented attachment relationships in maltreated infants. *Developmental Psychology*, 25, 525-531.
- Cicchetti, D. & Carlson, V. (Eds.). (1989). *Child maltreatment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cicchetti, D. & Toth, S. (1995). A developmental psychopathology perspective on child abuse and neglect. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 34 (5), 541-565.
- Crittenden, P. (1988). Relationships at risk. En J. Belsky & T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment theory* (pp. 136-174). New Jersey: Erlbaum.
- Darling, N. & Steinberg, L. (1993). Parenting style as a context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113 (3), 487-496.
- De Paúl, J., Arruabarrena, I. & Milner, J. S. (1991). Validación de una versión española del Child Abuse Potential Inventory para su uso en España. *Child Abuse & Neglect*, 15, 495-504.
- Dishion, T., Gardner, K., Patterson, G., Reid, J., Spyrou, S. & Thibodeaux, S. (1987). *The family process code: A multidimensional system for observing family interaction* (Manuscrito no publicado). Oregon Social Learning Center, Eugene, Estados Unidos.

- Dix, T. (1991). The affective organization of parenting: Adaptive and maladaptive processes. *Psychological Bulletin*, 110, 3-25.
- Dowdney, L., Mrazek, D., Quinton, D. & Rutter, M. (1984). Observation parent-child interaction with two-to-three-year old. *Journal of Child Psychology and Psychiatry & Allied Disciplines*, 25 (3), 379-407.
- Dowdney, L., Skuse, D., Rutter, M. & Mrazek, D. (1985). Parenting qualities: Concepts, measures and origins. En J. E. Stevenson (Ed.), *Recent research in developmental psychopathology* (pp. 19-42). Oxford: Pergamon Press.
- Erickson, M., Egeland, B. & Pianta, R. (1989). The effects of maltreatment on the development of young children. En D. Cicchetti & V. Carlson (Eds.), *Child maltreatment: Theory and research on the causes and consequences of child abuse and neglect* (pp. 647-684). New York: Cambridge University Press.
- Gaensbauer, T., Mrazek, D. & Harmon, R. (1980). Affective behavior patterns in abused and/or neglected infants. En N. Freud (Ed.), *The understanding and prevention of child abuse: Psychological approaches* (pp. 207-230). London: Concord Press.
- Garbarino, J. & Benn, J. (1992). The ecology of child bearing and child rearing. En J. Garbarino (Ed.), *Children and families in the social environment* (pp. 133-177). New York: Aldine de Gruyter.
- Garbarino, J. & Crouter, A. (1978). Defining the community context for parent child relations: The correlates of child maltreatment. *Child Development*, 49, 604-616.
- Garbarino, J. & Sherman, D. (1980). High-risk neighborhoods and high-risk families: The human ecology of child maltreatment. *Child Development*, 51, 188-198.
- Garbarino, J. & Stocking, S. (1980). *Protecting children from abuse and neglect*. San Francisco: Jossey Bass.
- Gelles, R. & Straus, M. (1979). Determinants of violence in the family: Toward a theoretical integration. En W. Burr, R. Hill, F. Nye & I. Reiss (Eds.), *Contemporary theories about the family* (Vol. 1, pp. 549-581). New York: Free Press.
- Haz, A. M. & Ramírez, V. (manuscrito en corrección). Preliminary validation of the Child Abuse Potential Inventory in Chile. *Child Abuse & Neglect*.
- Hotelling, G., Finkelhor, D., Kirkpatrick, J. & Straus, M. (Eds.). (1988). *Family abuse and its consequences: New directions in research*. Newbury Park, CA: Sage.
- Howes, C. & Espinosa, M. (1985). The consequences of child abuse for the formation of relationships with peers. *International Journal of Child Abuse & Neglect*, 9, 397-404.
- Kaufman, J. & Cicchetti, D. (1989). The effects of maltreatment on school-aged children's socioemotional development: Assessments in a day camp setting. *Developmental Psychology*, 25, 516-524.
- Klaus, M. & Kennell, J. (1978). *La relación madre-hijo*. Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana.
- La Rose, L. & Wolfe, D. (1987). Psychological characteristics of parents who abuse or neglect their children. En B. Lahey & A. Kazdin (Eds.), *Advances in clinical child psychology* (Vol.10, pp. 55-97). New York: Plenum Press.
- Lewis, D. (1992). From abuse to violence: Psychophysiological consequences of maltreatment. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 31, 383-391.
- Maccoby, E. & Martin, J. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. En P. Mussen (Ed.), *Handbook of child psychology* (Vol. 4, pp. 1-101). New York: Wiley.
- Milner, J. S. (1986). *The Child Abuse Potential Inventory: Manual* (2ª Ed.). Webster, NC: Psytec Inc.
- Mrazek, D., Mrazek, P. & Klinnert, M. (1995). Clinical assessment of parenting. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 34 (3), 272-282.
- Mueller, D., Edwards, D. & Yarvis, R. (1977). Stressful life events and psychiatric symptomatology: Change or undesirability. *Journal of Health and Social Behavior*, 18, 307-317.
- National Center for Child Abuse & Neglect (1993). *Study of national incidence and prevalence of child abuse and neglect: 1988*. Washington, DC: Department of Health and Human Services.
- National Research Council (1993). *Understanding child abuse and neglect*. Washington, DC: National Academy Press.
- Patterson, G., De Baryshe, B. & Ramsay, E. (1989). A developmental perspective on antisocial behavior. *American Psychologist*, 44, 329-335.
- Pelton, L. (1978). Child abuse and neglect: The myth of classlessness. *American Journal of Orthopsychiatry*, 48, 608-617.
- Rutter, M. (1983). Prevention of children's psychosocial disorders: Myth and substance. *Annual Progress in Child Psychiatry & Child Development*, 271-295.
- Solis, M. & Abidin, R. (1991). The Spanish version of the Parenting Stress Index: A psychometric study. *Journal of Clinical Child Psychology*, 20 (4), 372-378.
- Starr, R. (1979). Child abuse. *American Psychologist*, 34, 872-878.
- Steinberg, L., Lamborn, S. & Dornbusch, S. (1992). Impact of parenting practices on adolescent achievement: Authoritative parenting, school involvement and encouragement to succeed. *Child Development*, 63, 1266-1281.
- Vinokur, A. & Caplan, R. (1986). Cognitive and affective components of life events: Their relations and effects on well-being. *American Journal of Community Psychology*, 14 (4), 351-370.
- Vinokur, A. & Selzer, M. (1975). Desirable versus undesirable life events: Their relationship to stress and mental health. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 329-337.

Nota de la Autora

Parte de las ideas expuestas en el presente artículo fueron desarrolladas dentro del proyecto de investigación "Negligencia en los Cuidados del Niño", financiado por la Dirección de Investigación de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La autora agradece los valiosos comentarios editoriales realizados por Patricio Cumsille y Valeria Ramírez a una versión previa de este artículo.

La correspondencia relativa a este artículo debe ser dirigida a María Loreto Martínez G., Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Avda. Vicuña Mackenna 4860, Santiago, Chile. E-mail: lmartine@lascas.puc.cl